

Después de cuarenta años.

Todos los años a finales de febrero y coincidiendo con el Día de Andalucía en Málaga tenemos la Semana Blanca que nosotros aprovechamos para conocer un poco mejor nuestra tierra. Este año hemos aprovechado para irnos a Huelva, donde hemos hecho distintas rutas.

Una de esas rutas fue Niebla, Bollullos Par del Condado, Almonte, El Rocío, Matalascañas, Mazagón, Huelva. Visitamos la Virgen en Almonte y después nos fuimos al Rocío.

El Coto este año de lluvias está esplendoroso, rebosa vida y es un espectáculo pasear por sus inmediaciones. Son múltiples las aves y pájaros que se ven en su entorno e infinidad de cantos y arrullos que se oyen. No pueden faltar los caballos pastando y correteando por las zonas encharcadas de las proximidades del santuario.



Después de visitar el entorno del Coto nos fuimos a Matalascañas. Al llegar fluyen en mi mente los recuerdos de aquella playa donde vi el mar por primera vez. Un mar azul inmenso con su ir y venir de las olas que te relaja y deja adormilado contemplando su permanente movimiento. Pero los recuerdos que yo guardo en el disco duro de mi memoria distan mucho de la realidad. La imagen, que aún permanece, se niega a dar paso a la actual, y rememoro esa inmensa playa, el torreón que quedaba a la izquierda según se bajaba, el chiringuito que estaba en las proximidades del puesto de la Guardia Civil y la roca que la identifica.

¡Cuánto ha cambiado Matalascañas en esos cuarenta años! El urbanismo desaforado ha hecho desaparecer aquellos arenales que había en cuanto te bajabas del autobús y la vegetación propia de la zona ha sido sustituida por adelfas y setos propios de zonas urbanizadas. El torreón ha desaparecido y en su lugar hay bloques de apartamentos y hoteles. Donde había un chiringuito de madera hay múltiples restaurantes y bares.

Todos los años entre mayo y junio visitábamos la playa un domingo cada curso. Muy temprano nos subíamos en el autobús que nos llevaría a la playa. Un bañador, una toalla y se acabó. Las cremas protectoras brillaban por su ausencia y al atardecer cuando volvíamos nos parecíamos a los guiris cuando llegan a la costa y pasan su primer día al sol. Íbamos locos de contentos y el camino lo pasábamos cantando las típicas canciones que aprendíamos en nuestras patrullas de boy-scout. La vuelta era más tranquila debido al cansancio.



En el comedor nos preparaban las bolsas de papel con la comida para el día: los bocadillos, la fruta y el huevo duro que no podía faltar, estando en la playa todo el día, necesitabas un buen trago de agua para poder comerlo. Pasábamos un día estupendo y agotador, pues nos pasábamos el día jugando, bañándonos y,

por supuesto, cogiendo coquinas de cuya preparación se encargaban las monjas y de las cuales dábamos buena cuenta nosotros.

Cuando terminaba el curso hacíamos los campamentos de verano. Cuando terminamos quinto nos propusieron, que en lugar de ir de campamento, íbamos una semana a Pilas a pintar y barnizar el pie de madera de los animales que estaban disecados. Pasamos allí la semana y cuando terminó nos recompensaron con el fin de semana en la playa.

Estando en la playa, recuerdo que Juan Manuel nos propuso a los de Cádiz irnos andando por la playa hasta Sanlúcar. Evidentemente aceptamos y al atardecer recogimos nuestras cosas y comenzamos nuestra caminata. ¡Qué playas! Cuando hacíamos un descanso nos adentrábamos un poco en la zona más próxima del Coto para ver algún animal.

Anduvimos hasta que comenzó a anochecer, cuando encontramos un chozo de juncos típico de la zona en la playa. ¡Qué puestas de sol más espectaculares! Conservo en mi retina la bajada de la marea y el sol escondiéndose reflejado en el agua y la arena húmeda.

Nos instalamos en el chozo, creo que de pescadores, que era bastante amplio. Cenamos los bocadillos que llevábamos y el cansancio se encargó de que el dormir no fuese problema. Estando en esos preparativos se presentó un paraje de la Guardia Civil informándose de quiénes éramos y que hacíamos

allí. Juan Manuel habló con ellos, les informó y pudimos descansar plácidamente hasta la mañana.



Nos levantamos temprano, antes que el sol calentara más, y proseguimos nuestro camino. La desembocadura del Guadalquivir no estaba muy lejos y a media mañana divisamos Sanlúcar en la otra orilla.

Juan Manuel había quedado con un amigo para que nos vinieran a recoger. Cuando llegamos allí estaba el barquero y la barca, hoy pienso que era un cascarón de nuez. Las

aguas del Guadalquivir estaban un tanto revueltas, no sé si por la influencia del oleaje del mar. Iba a tener mi primera experiencia marinera y estaba un poco nervioso.

Después de saludar al señor que nos vino a recoger comenzó a sentarnos en unas traviesas de madera que tenía la barcaza. Nos fue colocando de acuerdo con el peso para equilibrar la barca. Recuerdo que a Monje lo sentó en medio de la traviesa del centro y nosotros le decíamos “tú ni te muevas” y los demás nos fuimos sentando donde el señor nos decía para equilibrar el peso.

Una vez situados iniciamos la aventura. La barca comenzó a moverse y aquellos movimientos no tenían nada que ver con los de las barcas de la Plaza de España. Continuó con su vaivén, pero cuando llegó al centro del río la cosa se puso más seria. Hubo algún momento en que recuerdo que sólo veía agua, que la tierra firme había desaparecido, pues las olas solo nos permitían ver agua por encima de nuestras cabezas ya que la barca se encontraba en lo más profundo de la ola. Fueron unos minutos de zozobra y nervios, pero nosotros estábamos como estatuas sin movernos y creo que sin respirar.

Por fin alcanzamos la otra orilla y nos faltó imitar al Santo Padre cuando pisa tierra en un nuevo país. ¡No he pasado más miedo en mi vida! Allí nos esperaba el amigo de Juan Manuel. Nos fuimos a Sanlúcar y cada uno siguió el camino a casa.

